

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

El toque de oro

Érase una vez un rey llamado Midas. Estaba loco por el oro. Le gustaba tanto que no podía pensar en otra cosa. El rey tenía una hija llamada Marygold. La quería mucho, pero cuanto más la quería, más ansiaba el oro. Lo quería para ella, para que pudiera recibir mucho oro de él.

El rey no siempre había estado obsesionado con el oro. Antes le encantaban las flores. Su jardín aún conservaba los ejemplares más bellos del mundo. Cada mañana, su hija recogía algunas flores para él. Aunque el rey pensaba que las flores eran hermosas, no podía evitar pensar en cuánto dinero le reportarían estas flores exóticas.

El rey tenía la costumbre de retirarse cada noche a su sala del tesoro antes de acostarse. Allí abrazaba todos sus objetos de oro. "Oh, si yo fuera el hombre más rico de la tierra. Ojalá pudiera poseer todo el oro del mundo", pensaba a menudo para sus adentros y suspiraba y suspiraba.

Una noche, apareció un extraño en la sala del tesoro. Era extraño, porque el rey siempre cerraba la puerta con llave, incluso cuando visitaba la sala del tesoro. Debía de ser un ángel o un hada. No tuvo miedo del extraño, cuyo rostro parecía muy amistoso.

El extraño dijo:

—Así que, Midas, veo que eres un hombre rico.

—Pues sí —respondió el rey.

—Pero no pareces muy feliz —continuó el extraño.

—Oh, daría cualquier cosa por ser el hombre más rico de la tierra —dijo Midas—. Pero esto no es más que una insignificancia comparado con el oro del mundo.

—¿Así que no estás satisfecho con todo lo que tienes? —preguntó el extraño.

Midas negó con la cabeza.

—¿Qué necesitas para ser una persona satisfecha? —preguntó el extraño.

El rey tuvo que pensar. Así que pensó, pensó y pensó. En algún lugar sintió que aquel desconocido lo ayudaría a cumplir su deseo. Así que tuvo que pensar en algo bueno. ¿Qué lo convertiría en el hombre más rico de la tierra? Entonces se le ocurrió un plan brillante.

—Deseo que todo lo que toco se convierta en oro —exclamó por fin. El desconocido empezó a sonreír.

—Bien, Midas, si esto es realmente lo que deseas, puedo concedértelo. Pero, ¿estás seguro de que no te arrepentirás?

—¡De ninguna manera! —exclamó el rey—. ¡Seré el hombre más feliz de la tierra!

—De acuerdo, entonces, como deseas

—dijo el extraño—. Mañana por la mañana recibirás mi regalo del toque de oro.



Aquella noche el rey no pudo dormir. Estaba como un niño pequeño que por la mañana recibiría su regalo tan esperado. En cuanto el sol empezó a brillar en su dormitorio, Midas saltó de la cama. Todo lo que tocaba se convertía en oro. El rey se apresuró a ir a su jardín de flores para inmortalizarlas en oro. Pensó que aumentarían mucho de valor. Incluso convirtió en oro la mesa del desayuno. El rey tomó un desayuno real con mucha fruta fresca, huevos fritos y pan recién horneado, pero estaba esperando a su hija María de Oro, que caminaba llorando por el vestíbulo. Cuando entró en la sala del desayuno, el rey le preguntó por qué estaba tan triste. De su delantal sacó una flor dorada.

—Mira —gritó—, el color de la flor ha desaparecido por completo y ha cambiado a un feo color amarillo. Y su aroma ha desaparecido por completo. ¿Qué les ha pasado a estas pobres flores?

—Oh, mi querida hija —dijo Midas, avergonzado de admitir que había cambiado él personalmente las flores—. Ven a sentarte conmigo y disfruta un delicioso desayuno. Una flor dorada permanecerá bella para siempre y no se marchitará en un día como lo haría una flor normal.

Midas tomó un huevo que ya había sido pelado por sus sirvientes. Pero el huevo se convirtió en oro en sus manos, y un huevo de oro, por supuesto, no se puede comer. Entonces el rey intentó comerse un trozo de pan, pero también se volvió duro como una piedra cuando lo

tocó. Empezó a darse cuenta de que quizá no estaba tan contento con su regalo del toque de oro. Miró la cara triste de su hija y se dio cuenta de que le había causado mucha pena al cambiar las flores. Entonces intentó tomar un sorbo de su café, pero antes de que la taza llegara a su boca, el contenido de la taza se había vuelto sólido.

—Oh —gritó el rey—, ¿y ahora qué? Ni siquiera puedo disfrutar de un trozo de pan o una taza de café como haría el mendigo más pobre. ¿Cómo puedo deshacer esto? ¿Preferiría ser un mendigo en vez de un rey con la mayor cantidad de dinero del mundo? —el rey estaba muy confundido.

El rey miró a su hija y se dio cuenta de que había juzgado mal la riqueza. Su posesión más valiosa estaba sentada frente a él, y nada podía superar el valor de su hija, ni siquiera el don del toque de oro. Una lágrima rodó por su mejilla, y cuando María de Oro la vio, preguntó:

—Querido padre, ¿qué ocurre?

—Mi queridísima María de Oro, pensarás que tu padre es un viejo loco —respondió el rey. Entonces María de Oro se levantó para abrazar a su padre, y el rey le dio un beso—. Eres un encanto —dijo el rey. Pero María de Oro no respondió. Se había convertido en oro.

¿Qué había hecho? Con su toque, había convertido a su hija en una estatua de oro. El rey, que en los momentos en que más amaba a su hija siempre decía que ella valía su peso en oro, ahora había hecho realidad esa expresión. Qué tonto había sido. Renunciaría

inmediatamente a todas sus riquezas si eso significara devolver a su hija a su estado original.

De repente, el extraño estaba de nuevo en la puerta.

—Entonces, Midas —dijo el extraño—, ¿te gusta el toque de oro?

Midas negó con la cabeza.

—Soy muy infeliz —dijo—. El oro no lo es todo— He perdido todo lo que realmente me importaba. Ahora me doy cuenta que un trozo de pan es mejor que todo el oro del mundo.

—Así que ¿te gustaría intercambiar el don del toque de oro para que tu pequeña María de Oro vuelva a ser como era hace una hora? —preguntó el extraño.

—Nada más que eso —respondió el rey.

—Eres más sabio de lo que eras —dijo el extraño, mirándolo seriamente—. Tu corazón no se ha convertido en oro. Ahora parece comprender que las cosas más comunes al alcance de todos son mucho más valiosas que las riquezas que tanta gente busca desesperadamente. Si quieres deshacerte del don del tacto dorado, debes zambullirte en el río que pasa junto a tu palacio. Toma un jarrón y llénalo con el agua del río. Rocía con el agua todos los cambios que quieras deshacer. Si lo haces con toda sinceridad y honestidad, repararás el daño que has causado con tu avaricia.

El rey no perdió el tiempo y tomó un jarrón para saltar al río. En el agua, se dio cuenta de que había cambiado; se sentía más ligero y definitivamente más feliz. Llenó el jarrón y regresó corriendo al palacio, donde vertió el agua sobre Marygold. No toda, porque también era

necesaria para restaurar las flores. María de Oro volvió a su estado normal y ni siquiera se dio cuenta de que había sido una estatua dorada durante un rato.

Midas no sintió la necesidad de contarle lo tonto que había sido, sino que prefirió demostrarle lo mucho más sabio que se había vuelto. Vivieron felices para siempre y a sus nietos les encantaba escuchar la maravillosa historia del viejo rey. El rey nunca volvió a mirar el oro, sino que sólo tenía ojos para los verdaderos tesoros que lo rodeaban.